Parece que el conocimiento elaborado hasta hoy por las comunidades humanas ha llegado a un punto de nervioso equilibrio: obramos o seguimos discurseando.

El hombre ha sacrificado, en muchas ocasiones, su ética y su voluntad de ser en aras del saber. La historia está harta de casos. La humanidad ha pasado por épocas de tanteo y descubrimiento, de comprobación de teorías y montaje de tecnologías, y por el refinamiento de las técnicas de fabricación de realidades. Naturalmente, nadie puede garantizar que los 'conocimientos' acumulados hasta hoy sean verdaderos y necesarios. En consecuencia el estilo de vida no es, necesariamente, el único que somos capaces de fundar: sin claridad sobre nosotros mismos estamos impelidos a sacrificar nuestra ética, nuestra voluntad.

Este es un momento en el que predominan las comunicaciones y los cúmulos de información, la crítica a los 'saberes' y el afán de replantear y reelaborar lo establecido. Quizá eso es bueno. Aún no desbordamos el frenesí de la referenciación y pensamos por nuestra cuenta.

Las consecuencias de este estilo de ser del hombre son conocidas: ha surgido una escuela sujeta a las dinámicas propias de estos desarrollos, pues está destinada a sustentarlos, y se ha planteado una persona humana basada en la obediencia y en la viciosa repetición de esquemas.

Estamos tan deslumbrados con el exceso de información que no hemos podido superar su lenguaje. Los datos ahogan tanto como la homogenización de los individuos. Se le ha dicho adiós al desarrollo espiritual e intelectual de los sujetos.

El compromiso de la escuela es absolutamente trascendente. Es imposible generar seres humanos éticos si estos acatan normas para no ser penalizados, si aprenden cosas para salir de la pobreza material, si el conocimiento es un ente, no una herramienta para inquirir, por ejemplo, si lo que nos enseñan es verdadero y necesario, si estamos preparados para ser libres y autoimponernos límites, no para cumplir leyes que no comprendemos.

El momento es álgido y su equilibrio es delicado. El ser humano se siente solo porque no puede acceder a toda la información y porque ésta no es una respuesta al ansia de adentrarse dentro de él mismo. Aquí hay un dolor profundo y las tecnologías lo agudizan. El hombre aún no rebasa su afán de felicidad para ser feliz en su búsqueda interior. La historia ha generado ciclos en los cuales los seres humanos han hallado renovación espiritual, cambio. Ojalá venga uno en el que creemos nuestros lenguajes, nuestro estilo de ser, y los lugares donde nos insertemos en la sociedad inclinen levemente el brazo de la balanza hacia la incertidumbre. Estamos lejos del hombre nuevo, y el final de una época es el triste pseudónimo de su renovación *per se*.

El equilibrio de tan delicado es frenético. Nos corresponde reflexionar; hablar no basta. Hay que poner manos a la obra. ■